

tomó el anillo egipcio, que tenía colgado de un cordón, y lo llevó á sus labios. Miss Lydia abandonó la ventana, colorada como una amapola; después, volviendo casi en seguida, vió á los dos corsos alejarse rápidamente al galope de sus pequeños *popeys*, dirigiéndose hacia las montañas. Una media hora después, el coronel, por medio de su anteojo, se los enseñó costeano el fondo del golfo, y ella vió que Orso volvía con frecuencia la cabeza hacia la población. Desapareció al fin detrás de los pantanos, reemplazados hoy por un hermoso plantel de árboles.

Miss Lydia, mirándose á su espejo se halló pálida.

—¿Qué debe pensar de mí ese joven? dijo; y yo, ¿qué pienso de él? ¿y por qué pienso en él?... ¡Un conocimiento de viaje!... ¿Qué he venido á hacer en Córcega?... ¡Oh! ¡yo no le amo!... No, no; por otra parte, eso es imposible... Y Colomba... ¡Yo la cuñada de una *voce-tratrice!* ¡que lleva un gran estilete!

Y observó que tenía en la mano el del rey Teodoro. Lo puso sobre su tocador.

¡Colomba en Londres, bailando en Almack's!...

«¡Qué *león* gran Dios para enseñar!... Quizás hiciera furor... El me ama, estoy segura de ello... Es un héroe de novela al que he interrumpido la carrera aventurera... ¿Pero tenía realmente intención de vengar á su padre á lo corso?... Era algo entre un *conrado* y un *dandy*... ¡Yo he hecho de él un puro *dandy* y un *dandy* que tiene un sastre corso!...»

Se echó en su cama y quiso dormir, pero le fué imposible; y no intentará continuar su monólogo, en el cual se dijo más de cien veces que el señor della Rebbia, no había sido, no era, y no sería nunca nada para ella.



IX

Entretanto Orso caminaba con su hermana. El rápido movimiento de sus caballos les impidió al principio hablar, pero cuando las subidas muy rudas les obligaban á ir al paso, cambiaban algunas palabras sobre los amigos que acababan de abandonar. Colomba hablaba con entusiasmo de la belleza de miss Nevil, de sus rubios cabellos, de sus graciosas maneras. Después preguntaba si el coronel era tan rico como parecía, y si Lydia era hija única.

—Debe ser un buen partido, decía. Su padre, parece que os profesa mucha amistad...

Y, como Orso no respondiese nada, continuó:

—Nuestra familia fué rica en otro tiempo, es aún de las más consideradas en la isla. Todos esos *signori* son bastardos. Sólo hay nobleza en las familias de los cabos, y sabéis, Orso, que descendéis de los primeros cabos de la isla. Sabéis que nuestra familia es originaria del otro lado de los montes, y las guerras civiles son las que nos han obligado á pasar á este lado. Si yo estuviese en lugar vuestro, Orso, no titubearía, pediría á miss Nevil á su padre... (Orso se encogía de hombros).

Con su dote compraría los bosques de la Falsetta y las viñas que están por bajo de las nuestras; edificaría una hermosa casa de piedras de talla, y elevaría un piso la antigua torre donde Sambucuccio mató tantos moros en tiempo del conde Enrique el *bel Missere*.

—Colomba, tú eres una loca, respondía Orso galopando.

—Sois hombre, Ors' Anton', y sabéis sin duda mejor que una mujer lo que tenéis que hacer. Pero quisiera saber lo que ese inglés podría objetar contra nuestra alianza. ¿Hay cabos en Inglaterra?...

Después de un largo párrafo, platicando así, los hermanos llegaron á una aldea, no lejos de Bocognano, donde se detuvieron para comer y pasar la noche en casa de un amigo de su familia. Fueron recibidos con esa hospitalidad corsa que sólo se puede apreciar cuando se ha conocido.

Al día siguiente, el dueño de la casa, que había sido compadre de la señora della Rebbia, los acompañó hasta una legua de camino.

—Ved esos bosques y jarales, dijo á Orso en el momento de separarse: un hombre que hubiera *causado una desgracia* viviría en ellos diez años en paz sin que gendarmes ni tiradores viñesen á buscarlo. Esos bosques lindan con la foresta de Vizzavona; y cuando se tienen amigos en Bocognano ó en las proximidades, no se carece de nada. Lleváis un buen fusil que debe alcanzar mucho. ¡Sangre de la Madona! ¡qué calibre! Se pueden matar con él animales peores que jabalíes.

Orso respondió con frialdad que su fusil era inglés y llevaba *el plomo* muy lejos. Se abrazaron, y cada uno continuó su camino.

Ya nuestros viajeros estaban á una pequeña

distancia de Pietranera, cuando, á la entrada de un desfiladero que tenían que atravesar, descubrieron siete ú ocho hombres armados de fusiles, unos sentados sobre piedras, otros sobre la hierba, y algunos de pie como en acecho. Sus caballos pastaban á corta distancia. Colomba los examinó un instante con unos gemelos que sacó de uno de los grandes bolsos de cuero que todos los corsos llevan cuando viajan.

—¡Son nuestras gentes! dijo con alegría. Pieruccio ha cumplido bien su comisión.

—¿Qué gentes? preguntó Orso.

—Nuestros pastores, respondió ella. Anteayer tarde hice partir á Pieruccio á fin de que reuniese á esos valientes para que os acompañen á vuestra casa. No conviene que entréis en Pietranera sin escolta, y debéis saber, por otra parte, que los Barrícini son capaces de todo.

—Colomba, repuso Orso con severo tono, te he rogado muchas veces que no me hablaras más de los Barricini ni de tus infundadas sospechas. Yo no cometeré ciertamente el ridículo de entrar en mi casa con esa tropa de haraganes, y me disgusta que los hayas reunido sin habérmelo dicho.

—Hermano mío, habéis olvidado vuestro país. A mí me corresponde guardaros cuando vuestra imprudencia os exponga. Yo he debido hacer lo que he hecho.

En este momento, los pastores, habiéndolos percibido, corrieron á sus caballos y descendieron al galope á su encuentro.

—¡Evviva Ors' Anton'! gritó un viejo robusto de barba blanca, cubierto, á pesar del calor, con una casaca de capuchón de paño corso, más espeso que el vellón de lana de sus cabras. Es el verdadero retrato de su padre, solamente más alto y más fuerte. ¡Qué hermoso fusil! Ya dará que hablar, Ors' Anton'.

—¡Evviva Ors' Anton'! repitieron en coro todos los pastores. ¡Nosotros sabíamos que al fin vendría!

—¡Ah! Ors' Anton', decía un mocetón de cutis color terroso, ¡qué júbilo para vuestro padre si hubiera podido venir á recibirlos! ¡El querido señor! ya veréis, si hubiese querido creerme, si me hubiera dejado arreglar el asunto de Giudice... ¡Valiente hombre! no me creyó; ahora sabe él muy bien que yo tenía razón.

—Bueno, repuso el viejo, Giudice no perderá nada por esperar.

—Evviva Ors' Anton'.

Y una docena de detonaciones acompañaron esta aclamación.

Orso, de muy mal humor en el centro de este grupo de hombres á caballo, hablando todos juntos y atropellándose por darle la mano, estuvo algún tiempo sin poder hacerse oír. Por fin, tomando el aire que usaba al frente de su pelotón cuando distribuía las reprimendas y en los días de sala de policía:

—Amigos míos, dijo, os doy gracias por la afección que me demostráis, y de la que profesáis á mi padre; pero deseo, quiero, que nadie me dé consejos. Yo sé lo que tengo que hacer.

—¡Tiene razón, tiene razón! dijeron los pastores. Sabéis muy bien que podéis contar con nosotros.

—Sí, cuento con ustedes: pero ahora no necesito de nadie, y ningún peligro amenaza á mi casa. Empezad por dar media vuelta, y marchaos con vuestras cabras. Sé el camino de Pietranera y no necesito guías.

—No temáis nada, Ors' Anton', dijo el viejo; ellos no osarán mostrarse hoy. El ratón entra en su cueva cuando viene el gato.

—¡Tú si que eres un gato viejo de barba blanca! dijo Orso. ¿Cómo te llamas?

—¡Pues qué! ¿no me conocéis, Ors' Anton'; yo que os he llevado á la grupa con tanta frecuencia en mi mulo que muerde? ¿No conocéis á Polo Griffó? Hombre valiente que pertenece en cuerpo y alma á los della Rebbia. Decid una palabra, y cuando hable vuestro hermoso fusil, este viejo mosquete, viejo como su dueño, no se callará. Contad con él, Ors' Anton'.

—Bien, bien; pero, ¡por todos los diablos! marchaos y dejadnos continuar nuestro camino.

Los pastores se alejaron al fin, dirigiéndose al gran trote hacia la aldea; pero de tiempo en tiempo se detenían en los puntos elevados del camino, como para examinar si había oculta alguna emboscada, y siempre se quedaban bastante próximos de Orso y su hermana para poder prestarles auxilio en caso necesario. Y el viejo Polo Griffó decía á sus compañeros:

—¡Lo comprendo! ¡Lo comprendo! El no quiere decir lo que piensa hacer, pero lo hará. Es el verdadero retrato de su padre. ¡Bien! ¡dices que no necesitas á nadie! has hecho un voto á santa Nega. ¡Bravo! Yo no daría un higo por la piel del alcalde. Antes de un mes, no se podrá hacer con ella otra.

Precedido así por esta tropa de exploradores, el descendiente de los della Rebbia entró en su pueblo y ganó la antigua residencia de los cabos, sus abuelos. Los rebbianistas, largo tiempo privados de jefe, le habían salido en masa al encuentro, y los habitantes del pueblo, que observaban la neutralidad, estaban todos en el umbral de sus puertas para verlo pasar. Los barricinistas estaban en sus casas y miraban por las hendiduras de sus palomares.

La población de Pietranera está edificada muy

irregularmente, como todos los pueblós de Córcega; porque, para ver una calle, es necesario ir á Cargese, edificado por M. Marbœuf. Las casas, dispersadas al azar y sin el menor alineamiento, ocupan la meseta de una montaña. Hacia el medio del poblado se eleva una gran encina, y cerca se ve una pila de granito á la que un tubo de madera lleva el agua de un próximo manantial.

Este monumento de utilidad pública fué construído á expensas de los della Rebbia y de los Barricini, pero sería inútil buscar un indicio de la antigua concordia de las dos familias. Al contrario, es una obra de su envidia. En otro tiempo, habiendo enviado el coronel della Rebbia al consejo municipal de su pueblo una pequeña suma para contribuir á la erección de una fuente, el abogado Barricini se apresuró á ofrecer una suma igual, y á este combate de generosidad se debe el que Pietranera posea su agua. Alrededor de la encina y la fuente, hay un espacio vacío que se llama la plaza, y donde los desocupados se reúnen por las tardes. Algunas veces juegan á las cartas, y, una vez al año, por carnaval, se baila. En las dos extremidades de la plaza se elevan edificios más altos que anchos, construídos de granito y pizarra. Son *las torres* enemigas de los della Rebbia y de los Barricini. Su arquitectura es uniforme, su altura la misma, y se ve que la rivalidad de las dos familias se ha mantenido siempre sin que la fortuna decidiese entre ellas.

Quizás sea á propósito explicar lo que hay que entender por la palabra *torre*. Es un edificio cuadrado de próximamente cuarenta piés de alto, que en otro país se llamaría sencillamente un palomar. La puerta, estrecha, se abre á ocho pies del suelo, y se llega á ella por una escalera muy pendiente. Por encima de la puerta hay una

ventana con una especie de balcón agujereado por debajo, como troneras, que permite matar sin peligro al visitador indiscreto. Entre la ventana y la puerta, se ven dos escudos groseramente esculpidos. En uno hubo en otro tiempo la cruz de Génova; pero, todo borrado hoy, sólo es inteligible para los anticuarios.

Sobre el otro escudo están esculpidas las armas de la familia que posee la torre. Agregad, para completar la decoración, algunas señales de balas en los escudos y marcos de las ventanas, y podéis formaros una idea de una mansión de la Edad Media en Córcega. Me olvidaba decir que los edificios de habitación tocan con la torre, y á veces se unen por una comunicación interior.

La torre y la casa de los della Rebbia ocupan el lado Norte de la plaza de Pietranera; la torre y la casa de los Barricini está al lado opuesto. Desde el entierro de la mujer del coronel, no se había visto á ningún miembro de una de estas familias aparecer por otro lado de la plaza que el que le estaba asignado por una especie de convención tácita. Para evitar un rodeo, iba Orso á pasar por delante de la casa del alcalde, cuando su hermana se lo advirtió y le indicó tomara por una calleja que los conduciría á su casa sin atravesar la plaza.

—¿Por qué? dijo Orso; la plaza no pertenece á todos? y echó á andar su caballo.

—¡Corazón valiente! dijo por lo bajo Colomba... ¡Padre mío, serás vengado!

Al llegar á la plaza se colocó Colomba entre la casa de los Barricini y su hermano, y no separó la vista de las ventanas de sus enemigos. Notó que estaban atrincheradas desde hacía poco, y que se habían practicado en ellas estrechas aberturas en forma de troneras, dispuestas entre gruesos

leños con los cuales se cubre la parte interior de una ventana.

Cuando se teme algún ataque, se atrincheran así, y se puede, al abrigo de los leños, tirar á cubierto sobre los asaltantes.

—¡Los canallas! dijo Colomba. ¡Ved, hermano mío, ya empiezan á guardarse; se atrincheran! ¡pero tendrán precisión de salir algún día!

La presencia de Orso en la parte Sud de la plaza produjo gran sensación en Pietranera, y fué considerada como una prueba de audacia próxima á la temeridad. Para los neutrales reunidos por la tarde alrededor de la encina, fué el texto de comentarios sin fin.

—Gracias, decían, que los hijos Barricini no han vuelto aún, porque son menos sufridos que el abogado, y quizás no hubiesen dejado pasar á su enemigo por el terreno sin hacerle pagar la bravata.

—Acordaos de lo que voy á deciros, vecino, agregó un viejo que era el oráculo del pueblo. He observado hoy la figura de la Colomba, y tiene algo de cabeza. Me da olor á pólvora. Antes de poco habrá carne barata en la carnicería de Pietranera.



X

Separado muy joven de su padre, no había tenido mucho tiempo para conocerlo. Había salido de Pietranera á los quince años para estudiar en Pisa, y de allí había entrado en la Escuela militar mientras que Ghilfuccio paseaba por Europa las águilas imperiales. En el continente lo había visto Orso con raros intervalos, y solamente en 1815 se encontró en el regimiento que su padre mandaba. Pero el coronel, inflexible con la disciplina, trataba á su hijo como á los demás jóvenes tenientes, es decir, con mucha severidad. Los recuerdos que Orso conservaba de él eran de dos clases. Lo recordaba en Pietranera, confiándole su sable, dejándole descargar su fusil cuando regresaba de cazar, ó haciéndolo sentar por primera vez, á la mesa de familia. Después se representaba al coronel della Rebbia arres-tándolo por cualquiera ligereza, y no llamándolo más que por teniente della Rebbia:

—Teniente della Rebbia, no estáis en vuestro lugar de batalla, tres días de arresto.—Vuestros tiradores están cinco metros más lejos de la reserva, cinco días de arresto.—Estáis en gorra de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
No. 1525 ALBERTO, MEXICO

cuartel á las doce y cinco minutos, ocho días de arresto.

Una sola vez, en los Cuatro-Brazos, le había dicho:

—Muy bien, Orso; pero prudencia.

Por lo demás, estos últimos recuerdos no eran los que le representaban á Pietranera. La vista de los lugares familiares á su infancia, los muebles de que se había servido su madre, á la que había amado tiernamente, excitaban en su alma una multitud de emociones dulces y penosas; después, el sombrío porvenir que se le preparaba, la vaga inquietud que su hermana le inspiraba, y sobre todo, la idea que miss Nevil iba á venir á su casa, que le parecía hoy tan pequeña, tan pobre, tan poco conveniente para una persona habituada al lujo, el desprecio que quizás ella concebiría, todos estos pensamientos formaban un caos en su cabeza y le inspiraban un profundo desaliento.

Se sentó, para comer, en un gran sillón de roble ennegrecido, donde su padre presidía las comidas de familia, y sonrió viendo á Colomba titubear en sentarse á la mesa con él. Le alegró el silencio que guardó durante la cena y la retirada que hizo en seguida, porque se sentía muy emocionado para resistir á los ataques que sin duda ella le preparaba; pero Colomba calló porque quería dejarle tiempo de reconocerse. Con la cabeza apoyada en su mano, quedó inmóvil algún tiempo, repasando en su espíritu las escenas de los últimos quince días que había vivido. Veía con espanto la espectación con que todos esperaban su conducta para con los Barricini. Ya observaba que la opinión de Pietranera empezaba á ser para él la del mundo. Debía vengarse bajo pena de pasar por un cobarde.

Pero, ¿en quién vengarse? No podía creer á

los Barricini culpables de la muerte. Verdaderamente, eran enemigos de su familia; pero ¿bastaban las groseras suposiciones de sus compatriotas para atribuirles un asesinato?

A veces consideraba el talismán de miss Nevil, y repetía muy por lo bajo la divisa: «¡La vida es un combate!» Por último se dijo con tono firme: «¡Saldré vencedor!» Con este buen pensamiento se levantó, y, tomando la lámpara, iba á subir á su habitación cuando llamaron á la puerta de la casa. La hora no era á propósito para recibir una visita. Colomba apareció en seguida, acompañada de la mujer que les servía.

—No es nada, dijo corriendo á la puerta.

Sin embargo, antes de abrir, preguntó quién llamaba. Una voz dulce respondió:

—Soy yo.

En seguida la barra de madera colocada de través en la puerta fué levantada, y Colomba reapareció en el comedor seguida de una niña de diez años próximamente, con los pies desnudos, haraposa, y cubierta la cabeza con un mal pañuelo, por debajo del cual se escapaban largas mechas de cabellos negros como el ala de un cuervo. La muchacha era delgada, pálida, la piel quemada por el sol; pero en sus ojos brillaba el fuego de la inteligencia. Viendo á Orso, se detuvo tímidamente y le hizo una reverencia; después habló bajo á Colomba, y le entregó un faisán recién muerto.

—Gracias, Chili, dijo Colomba. Dálas también á tu tío. ¿Está bien?

—Muy bien, señorita, para serviros. No he podido venir antes porque ha tardado mucho. He estado tres horas en el jaral esperándolo.

—¿Y no has cenado?

—¡Caramba! no, señorita, no he tenido tiempo.

—Se te va á dar de cenar. ¿Tiene aún pan tu tío?

—Poco, señorita; pero lo que sobre todo le falta es la pólvora. Han venido las castañas, y ahora sólo necesita pólvora.

—Voy á darle un pan para él y pólvora. Dile que la economice porque cuesta cara.

Colomba, dijo Orso en francés, ¿á quién, pues, haces tú así la caridad?

—A un pobre bandido de este pueblo, respondió Colomba en el mismo idioma. Esta pequeña es su sobrina.

—Me parece que podrías colocar mejor tus dones. ¿Por qué enviar pólvora á un pícaro que se servirá de ella para cometer crímenes? Sin esa deplorable debilidad que todo el mundo parece tener aquí por los bandidos, hace tiempo que habrían desaparecido de Córcega.

—Los más malos de nuestro país no son los que están en el campo.

—Dales pan si quieres, no se le debe rehusar á nadie; pero no comprendo que se les facilite municiones.

—Hermano mío, dijo Colomba en tono grave; sois aquí el dueño, y todo os pertenece en esta casa; pero, os prevengo que daré mi *mezzaro* á esta niña para que lo venda, antes que negar pólvora á un bandido. ¡Rehusarle la pólvora! tanto vale entregarlo á los gendarmes. ¿Qué protección tiene contra ellos, sino sus cartuchos?

La muchacha devoraba con avidez un trozo de pan, y miraba atentamente á Colomba y á su hermano, buscando á comprender en sus ojos el sentido de lo que decían.

—Y, ¿qué ha hecho tu bandido? ¿Por qué crimen se ha hechado al campo?

—Brandolaccio no ha cometido ningún crimen, repuso Colomba. Mató á Giovan Opizzo, que

había asesinado á su padre mientras él estaba en el ejército.

Orso volvió la cabeza, tomó la lámpara, y, sin responder, subió á su cuarto. Entonces Colomba dió pólvora y provisión á la niña, y la condujo hasta la puerta repitiéndole:

—Sobre todo, ¡que tu tío vele bien por Orso!

